Sobre el INFORMALISMO

Por RAFAEL T. SQUIRRU

Un comentario del director del Museo de Arte Decorativo Nacional sobre el inquietante movimiento artístico



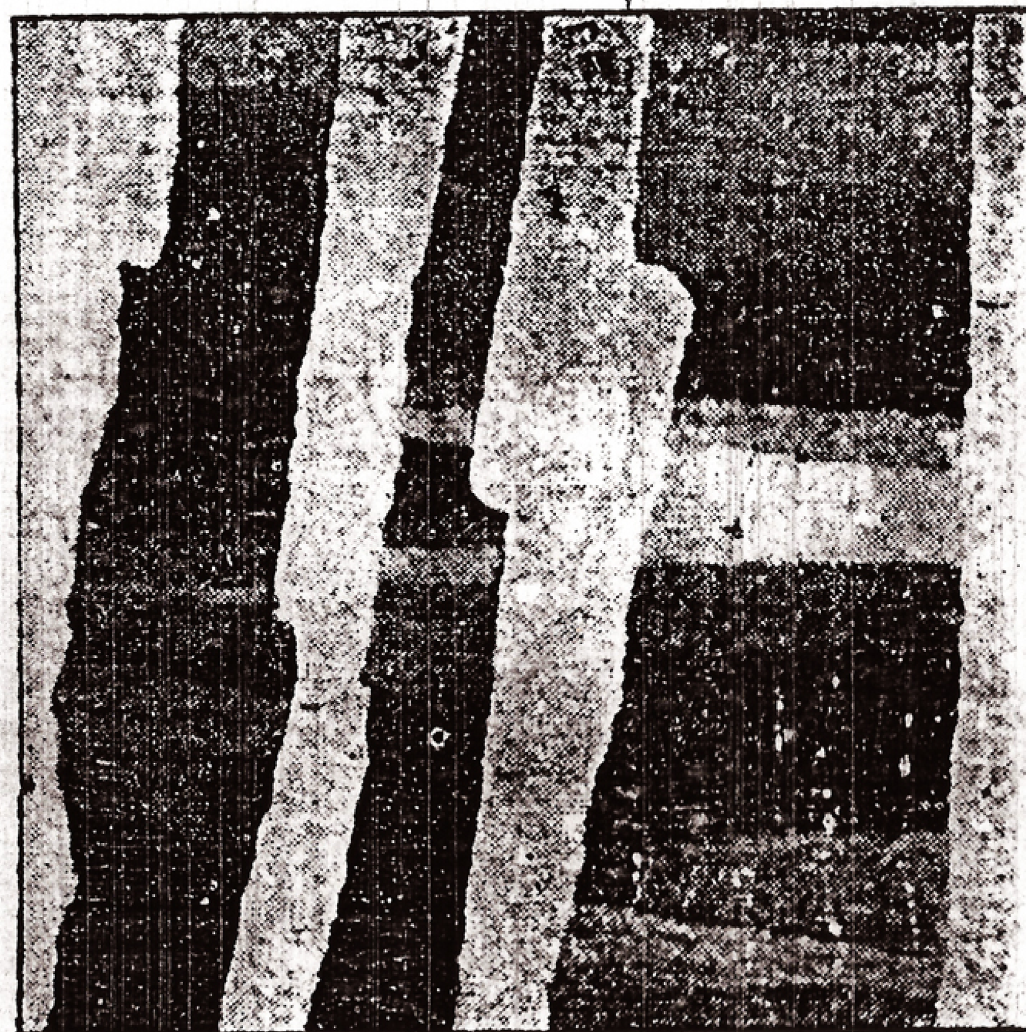
DMITIDO el sentido escolástico del concepto de forma: "Forma dat esse rei" (la forma da el ser a la cosa), resulta difícil concebir una pintora o un arte "informal", ya que si lo que es es, por definición, gracias a su forma, la **no forma** será automáticamente el no-ser. Pero comencemos con mayor modestia, y digamos, con cualquier diccionario, que "forma" es la figura geométrica constituída por los contornos de un objeto, en oposición a la materia con que el objeto está hecho. Así, la cera toma la forma del sello.

Veamos si con este sentido cabe hablar de un arte informal.

Si una tela es un paralelepípedo donde habrá de desarrollarse la más libre de las aventuras plásticas, ya como objeto cuya área de expresión está definida en ese ámbito geométrico determinado queda automáticamente "formalizado" el quehacer estético y es inútil seguir hablando de lo informal. Aun cuando volcásemos un tacho de pintura con el pie, en la medida en que lo hacemos sobre un espacio predeterminado en cuanto "forma", todo reclamo informalista queda invalidado.

Intentemos ahora la metáfora kantiana cuando lleva el concepto de forma en el mundo físico al plano intelectual para hablarnos de tiempo y espacio como formas "a priori" de la sensibilidad. El primero, como forma del sentido interno; el último, del externo. La materia de nuestro pensamiento tendrá que darse forzosamente dentro de esas formas que lo condicionan supeditando la certeza en cuanto al fenómeno.

¿Podríamos, en ese sentido, rebelarnos contra la inexorabilidad del "poeta" de Koenisberg y reclamar que la actitud del artista "informalista" escapa a esos condicionamientos porque su quehacer trasciende las categorias del pensamiento mismo? ¿Que la actitud estética se coloca fuera de espacio y tiempo, en extraña **"comunión unitiva con un orden superior en que todas las contradicciones y disturbios del intelecto encuentran su armonía"?** No sé si a algún pintor informalista se le habrá ocurrido partir de esta actitud para lanzarse a la aventura visual; lo que sí puedo decir es que una actitud como la anotada coincide literalmente con la definición que da el profesor Suzuki del zen-budismo.



M. PUCCIARELLI PINTURA 1957

No es casual que el movimiento literario americano, el de los ya famosos "beatnicks" o "beat-mystics", promulgue como credo filosófico las verdades del **zen**. Hemos hablado de "comunión" o integración a un orden superior donde se esfuman las contradicciones del intelecto. Nace de aquí un sentido nuevo de la impiedad como ingratitud, disconformidad con el orden universal, cósmico, un querer tener ojos azules en vez de marrones, disconformidades que son la resultante de la desarmonía interior del ser, y que se manifiestan en un querer torturar el orden de las galaxias, responsabilizándolas del propio desequilibrio interior.

Frente a una ascética de represión y mortificación se yergue este nuevo y tremendo precepto: "Cuando tengas hambre, come arroz; cuando estés cansado, duerme" (meditación de Ko-ji-sei, de la era Ming).

Conviene recordar que la ascética mortificante occidental está corregida por el misticismo de Ignacio de Loyola, quien recomienda en sus "Reglas" que "el dormir sea suficiente", y el comer, "conveniente a la salud" y "en cantidad suficiente para mantener las fuerzas".

En esa conformidad de pacto con el universo han de leerse producciones literarias como las "Pesadillas vulgares" de Federico González Frías: "El enano espera con calma el tren que lo ha de llevar a Buenos Aires. Se levanta el pantalón y deja ver un zoquete blanco semicaído. Alza su mano regordeta y se golpea sobre la pierna lechosa, matando así un mosquito que le molesta." La objetividad total del pasaje que basta a González Frías para crear su mundo poético nos pone ante la evidencia de que ese mundo lo lleva el poeta dentro de sí y que es totalmente trivial y superfluo pretender encontrarlo en la persecución del tema. sabiduría milenaria del poeta oriental, para quien tres lineas son suficientes en la expresión de esa comunión "piadosa". Así, Basho: "Contemplando las flores / en la gloria de la mañana, / mientras me desayuno."

Occidente marcha de la mano de la razón, agigantada por el "progreso" científico y el enorme adelanto técnico. Ya la plástica sufrió un interesante sacudimiento con el movimiento "Dada" a principios de siglo, durante el cual es importante recordar se reivindicaron los pensamientos de Lao-Tzé, fuente tan responsable del **zen** como el budismo mismo. Si bien la etapa cumplida por esta irrupción anárquica fué primordialmente destructora de las viejas formas, interesa reconocerle su labor de liberación de una conciencia que permanecía estancada en "formas" de una cultura anquilosada, mensaje retomado por el surrealismo en la exploración del mundo subconsciente. Forzoso es admitir que los surrealistas anduvieron "tibio" en su enfoque del misterio, demasiado epicúreos quizá para comprender que la búsqueda no debía efectuarse en los psicologismos condicionados de la subconsciencia, sino en la incondicionada zona del supraconsciente, donde, a mi entender, se gesta la profunda aventura del informalismo.

La búsqueda dentro de esta modalidad espiritual formó en China la secta Chan del budismo, pronunciación de la palabra sánscrita "dhyana", que significa contemplación. Aquí, ni la lectura, ni la investigación, ni el realizar buenas obras, ni acatar rituales sirven de nada; lo que importa es la videncia dentro del propio corazón; un acto de arrojo en el misterio, un acto, por ende, místico en el más puro sentido de la palabra. Es también por cuestiones de pronunciación que esta secta Chan pasó al Japón con el nombre de zen, y de aquí el acuñado nombre de **zen-budismo**. La iluminación del sentido de la vida habrá de encontrarse en un acto intuitivo, un ejercicio, no ya de las facultades mentales, sino de aquella parte del espíritu que hemos querido llamar supraconciencia, y que se libera cuando el hombre rompe las "formas" del pensar en el condicionamiento que con verdadero genio descubrió Kant.

Sería erróneo creer que, basándose en la actitud anímica interior, la iluminación del propio corazón, quedan por ello eliminados los problemas técnicos del arte o que cabe la despreocupación en lo que toca al oficio. Una cosa es la actitud o disposición espiritual, otra la transmisión de esa vivencia a través de un medio, plástico en este caso. Si bien el resultado, en cuanto a imagen, será diferente a lo que estamos habituados, existirá siempre una "forma" en cuanto contorno de esa imagen, aun cuando queramos que ese contorno haya que medirlo en espesor. Y aquí señalo un estrecho parentesco del informalismo con la poesía **zen**, el empleo de materiales humildes, de colores a menudo opacos, que se prestan a la equivocada reflexión de que se nos está sumergiendo en lo antipoético, cuando en realidad se trata de demostrar al espectador que toda poesía es interna y que es él quien debe poner, como lo puso el pintor, toda su riqueza interior para captar la belleza de una textura opaca calada en profundidad más que en dimensión. Tampoco debe confundirse este informalismo genérico con el "tachismo", donde el vuelco debe ser espontáneo, temperamental, monologal. En el informalismo cabe y se exige el diálogo entre el sujeto y la obra, y se exige un diálogo de la máxima objetividad. El objeto del cuadro puede ser el sujeto mismo, pero tratado siempre con la máxima objetividad; quiero decir que no caben la metáfora ni el eufemismo; así como el poeta debe llamar orines a los orines, sin escándalo, el pintor debe acudir a la más humilde de las texturas de papel cuando su expresión asi lo exija.

Entre las producciones que responden entre nosotros con mayor afinidad a planteos informales cabe destacar, en las nuevas promociones, las de los siguientes artistas:

Alberto Greco: Zonas que oscilan entre el rojo de la sangre coagulada hasta la opacidad total de un negro de cárcel. Jack Kerouac: Te abrazaría, compañero, en esa ruta donde se viaja sin valijas y es milagro que el coche no se estrelle.

Casariego: El destino lo llevó a Tokio para que diga a los buenos maestros que en la Argentina también hay ratones.

Estela Newbery: La mujer es más que un vestido estampado.

Pucciarelli: Cuando te oigo hablar de la secuencia rítmica o de atormentar la tela creando zonas de interés, sé que un jilguero te escucha.

Kemble: Pienso que el papel plateado que usas es de algún atado de cigarrillos nacionales, que los Chesterfield están muy caros, y, sin embargo, nos has devuelto la luna.

Fernando Maza: Te afeitaron la barba, pero las ideas no se matan, y en tus pinceles los dioses de la India están cómodos.

Olga López: Te vi por primera vez pintando en un parque: no te engañaron los pinos.

Luis Alberto Wells: Para recordar a ustedes que en Irlanda siempre hubo intuiciones, aunque se emigre.

Towas: En La Rioja, el cielo está abatido por un pájaro castaño.

Elena Tarasido: La línea tiene voluntad y sabe usarnos.

Martino: El diálogo puede ser una meditación.

Barilari: Has registrado la pisada del seti.

Ubicación de Santiago

Por JUAN MORA Y ARAUJO

LA vulgar geografía la ubica detrás el muro andino.

Le otorga una situación exacta de latitud y longitud.

Nos informa de su superficie y de su número de habitantes.

(He ahí una forma más de ignorar a cualquier ciudad.)

* * *

Santiago —la ciudad del color indefinido, las mujeres hermosas, los ciegos filarmónicos, la amistad pronta, la cordialidad ancha, y el vino generosa regando su espíritu, su mente y su corazón— está en otros lugares menos precisables pero más reales y sin el rayado de los imaginarios paralelos.

Hay otra geografía, amigos, para encontrar a Santiago.

Está en el anhelo de conocerla.

Y después de haberla conocido, en la esperanza del regreso, sobre ruta realizada con copias al carbónico para ir usándolas con el correr del tiempo.

Está en la música de sus cuecas.

Está en la imposibilidad de sentirse extranjero en sus calles.

Está en la generosa recepción de sus casas.

Está en la nostalgia con que se la recuerda, sin impedir la rememoración alegre que fabrica risas al evocar sus noches y sus días.

En cualquiera de esos sitios está Santiago.

Por ahí debe buscarla quien desee hallarla.

* * *

Y fué con una carcajada de alegría que nos abrimos la ruta a Santiago.

Preferimos el salto aéreo para llegar más pronto.

Luego preferimos la oruga del tren subiendo trabajosamente la montaña para el regreso y así ir dejándola más lentamente.

En su enorme panza el pájaro mecánico nos fué rumiando por las praderas del cielo hasta depositarnos en la tierra santiaguina.

(Desde Buenos Aires nos agitaba su pañuelo un recuerdo. Ni altas montañas, ni llanuras sin fin, ni horas elásticas; espacio y tiempo reducidos a un nombre, una palabra breve, cuatro letras pequeñas.)

* * *

Allá, a lo lejos, la neblina polvorienta esmerilando a la cordillera.

Y el brazo del San Cristóbal levantándose para el saludo.

(Ese brazo, una noche, nos acunó en un tango bailado con luz de luna pálida de emoción.)

Acá —apenas hecha la honda inspiración y expiración de la llegada— la amistad con sus brazos abiertos y sus inevitables exclamaciones.

Comenzábamos a ubicar a Santiago en la geografía de nuestro sentimiento.

Y la encontramos como antes, como siempre.

Atrayente como una fantasía que se ha convertido en realidad.

Imantando siempre el deseo de llegar hasta ella a transitar sus noches y a veces descubrir que también el día tiene sus encantos.

A disfrutar el clima espiritual de un pueblo que conoce y quiere a sus poetas. (No hay ningún otro que entienda y sienta tanto a los suyos.)

A gozar de la gracia espontánea de sus gentes y sentirnos un "roto" más en cualquiera de sus mostradores.

A escuchar sus musicales voces femeninas.

Y a cumplir el rito báquico.

* * *

Esa es, amigos, la verdadera geografía de Santiago, la ciudad amiga que gana el corazón y se la recuerda como a una novia.

Alguna vez llegará el día en que las ciudades hagan intercambio de esquinas y de calles.

Cuando ese día llegue nos traeremos un pedazo grandote de Santiago a Buenos Aires.

Mucho nos costará elegir el lugar de nuestra preferencia, pero allá están los amigos que habrán de ayudarnos en la elección al compás de un "tres estrellas" (1).

(1) Tres estrellas en la etiqueta es índice de calidad en algunas marcas de vinos chilenos.